



Vicente Ostuni y Aida Elina Rengel. Domingo Ostuni junto a los padres de Aida Elina.
Archivo: Gino Ostuni, 2006.



Vicente y sus dos hijos, Gino y Aldo.
Archivo: Gino Ostuni, 2006.

NINGUNO COMO VINCENZO OSTUNI

A Vicente le tocó cumplir al pie de la letra cada una de las normas y conductas que emanaba con severidad el manual de disciplina y buenos modales de su padre. Y para quienes no estén enterados, en la casa del señor Domingo Ostuni se le daba prioridad absoluta al cumplimiento de los deberes. Importantes o no, estos debían ser ejecutados con un mínimo de responsabilidad requerida y emanando buen juicio y voluntad hasta por lo poros. De no ser así, las sanciones no se dejaban esperar y casi siempre se aplicaban a la cancelación parcial o total, dependiendo de la falta o el agravio cometido, de las anheladas salidas y compromisos de fin de semana programados por el muchacho y sus amigos. Vicente las tenía claras, un fin de semana dedicado única y exclusivamente al trabajo y el siguiente a dar rienda suelta a la diversión y esparcimiento, que por lo visto, debían también ser regulados por la tutela paterna. De esta manera creció el joven potenzano y, como su progenitor, fue enérgico pero comprensible cuando le llegó la hora de criar a sus propios hijos, cinco en total: María Elena, Yolanda Aida, Gino Vicente, Aldo René y Lucía Gilda, todos ellos producto de su unión matrimonial con una simpática señorita orureña, Aida Elina Rengel López Videla. Pero, ¿quién era Vincenzo Ostuni Scarpelli?, ¿qué rol cumplió fuera de Italia? Vincenzo o Vicente, como lo llamaban posteriormente en su nuevo país, Bolivia, fue un próspero empresario de una iniciativa y pasión por el trabajo sin límites. Vicente era trabajador, nadie lo dudaba y menos quienes conocían sus antecedentes familiares. Los Ostuni provenían de Sasso di Catalda, región pintoresca de la provincia de Potenza donde Domingo poseía tierras aptas para el cultivo de uva. Éste, a su vez, tenía como esposa a María Scarpelli, y con ella se encargaba de administrar, bajo una cadena de principios y valores sólidos, la educación y conducta de sus hijos Clelia y Vicente.

A los Ostuni no les iba mal con los viñedos, tenían ganancias suficientes como para darse una vida cómoda y respetable en Italia, además los hijos recibían la formación que sus padres consideraban apta para esos tiempos, nada les faltaba y tenían mucho camino para seguir depositando pasos seguros y estables. Sin embargo, una nueva alternativa laboral se interpuso en la hoja de ruta de Domingo. Cuando parecía tener todo claro y listo para incrementar sus beneficios, Ostuni recibirá las cartas persuasivas de uno de los hermanos de María, quién, desde la lejana campiña cochabambina lo alentaba a vender los bienes que tenía en Potenza para, así, conseguir el capital suficiente con el cual él y su familia tendrían un porvenir asegurado en esas tierras distantes. Domingo vio más que papel y tinta en esas cartas. Allí vislumbraba su futuro y el de los suyos. El mar los aguardaba dispuesto a trasladarlos hasta el otro lado del mundo.

Sin concederse pausas

En 1932 Vicente tenía catorce años. Para ese entonces, su adolescencia se batía en retirada, mientras la apostura y gallardía empezaban a ganar terreno. Sus jornadas laborales transcurrían incólumes en las frías planicies del occidente boliviano, pues al final la familia se establecería en Oruro, colaborando plenamente a su padre en todas las actividades que emprendía. Ni bien se independiza de los negocios familiares, el hijo de Domingo empieza a exhibir con sus cualidades natas para iniciar emprendimientos de notable factura. Siendo joven aún, Vicente eruirá, en 1943, sobre las calles ventosas de Oruro los cimientos del moderno hotel Edén y, no satisfecho con ello, trabajará horas enteras sometido por la curiosidad y el afán inevitable de seguir produciendo en el mismísimo sótano del hotel. Allí nacerá una de sus ideas más celebradas y a la postre la que mayor beneficio económico le acarreo, la fábrica de gaseosas Santa María. La fortuna le sonreía, y él, lejos de adoptar engreimientos y conductas despóticas, aprovecha las circunstancias para generar un hogar decente y sencillo. Claro que su espíritu emprendedor y el talento de su mente creativa estaban lejos de asentarse en un solo sitio, por ello, decide cruzar las fronteras para establecerse junto a Aida y sus hijos temporalmente en Perú —en Lima organizará una fábrica de envases metálicos; en Argentina, mientras residió en Mendoza, puso a funcionar la empresa de limpieza Bombal— y, finalmente en Chile, lugar donde hallará reposo definitivo en la primavera de 2004.

Hoy los hijos, nietos y bisnietos de Vicente guardan celosos una imagen suya, la de un hombre ejemplar que un día llevó a su familia por las sendas del compromiso, la lealtad y el amor.